

como es de rigor en Italia, tendió la mano pidiendo, como el portero, su propina.

Ludovico fué igualmente generoso para él y aquellos dos hombres le acompañaron hasta su cuarto deshaciéndose en cortesías y protestándole que estaban dispuestos á dar la vida por servirle.

## XVII.

## El primer crimen.

Ludovico no conocia personalmente á Fernando; no habia visto el rostro del hombre á quien encontró en las ruinas; pero sus sospechas de que era el seductor de Marietta se confirmaron cuando el portero del hotel pronunció estas palabras:

—Es un caballero español.

Resuelto á castigar al seductor infame y al vil asesino de Marietta, resolvió dilatar su viaje á España y reflexionó seriamente sobre lo que debia hacer.

Habia jurado sobre una tumba vengar á la pobre víctima encerrada en ella, y por nada en el mundo habria faltado á esa promesa hecha solemnemente á una muerta. ¿Pero cómo cumpliria su juramento? ¿cómo aseguraria su venganza sin comprometer la vida y el porvenir del niño Mário?

Ludovico pensaba, y con razon, que si asesinaba á Fernando perdía acaso el único medio seguro de saber del niño, y creia que una vez muerto el padre de Mário, la tabernera del

Trocadero no tendría á quien entregar la carta que era preciso enviar para saber el paradero del niño y el modo de recobrarle. Por otra parte, le repugnaba matar á un hombre y le parecía que el quitarle del mundo no era un castigo proporcionado á sus crímenes.

Quería vengar á Marietta, pero vengarla de una manera horrible; quería alargar, si posible fuere, la vida de Fernando y amargarla momento por momento; no dejarle un instante de reposo; turbar su sueño, sus negocios, sus placeres, y ya que el criminal estuviera agobiado y rendido bajo el peso de las calamidades que caían sobre él, presentarse ante sus ojos y decirle:

—¡Acuérdate de Marietta!

El odio volvía loco á Ludovico. Una venganza semejante no cabe en el corazón ni en el poder humano. Por más destrozada que esté el alma, por más negros que sean los crímenes que la hayan lastimado, por más amarga que sea la hiel que rebose en ella, el tiempo y la reflexión adormecen los rencores y la van preparando insensiblemente á perdonar. Creer otra cosa sería calumniar á los hombres.

Pasado el primer momento de exaltación, Ludovico volvió en sí y le espantó su propio pensamiento. Concebía que el odio que profesaba al español y el recuerdo de los sufrimientos inauditos de Marietta, le hicieran cometer un crimen para vengar á su amada, pero un crimen cometido en un momento de vértigo, no un crimen para cuya consumación se necesitara no tener durante largo tiempo un sentimiento humano. Ser fiera, ser chacal sediento de sangre, y gozarse en los sufrimientos de un hombre, por criminal que fuese, y esto por espacio no de algunas horas, no de algunos días, sino de años tal vez, era superior á las fuerzas que para el mal tenía Ludovico, á pesar de la fama de vengativos y crueles hasta la ferocidad en sus venganzas que se atribuye ha largo tiempo á sus compatriotas.

Se perdía en reflexiones, y tan pronto acariciaba un pensamiento como le desechaba. Le fué imposible cerrar los ojos en toda la noche, y al día siguiente, desde muy temprano, se puso en acecho para espiar los primeros pasos del español. Este se hizo servir en su propio cuarto y Ludovico supo que tal era su diaria costumbre y que no salía más que de noche para volver al cabo de dos ó tres horas extraordinariamente agitado.

Aguardó, pues, la hora, y cuando Fernando salió del hotel en dirección de las ruinas, le siguió con precaución.

Llegados allí, Fernando, de rodillas ante la que fué ventana del cuarto de Marietta, lloró y se maldijo á sí mismo, y Ludovico se sintió conmovido y dispuesto á abandonar su venganza al ver que el remordimiento hacía tan desgraciado al que labró la desventura de la bella tejedora.

Al cabo de un gran rato, el hijo del señor Gonzaga se levantó y recorrió con agitado paso el lugar de las ruinas. Movía frenéticamente los brazos y lanzaba gemidos desgarradores. Si la oscuridad de la noche lo hubiera permitido, Ludovico habría visto que los ojos del español parecían querer saltar de sus órbitas, y que su semblante, extrañamente demudado, acusaba en aquel momento la falta completa de razón.

Ludovico, testigo mudo de aquella espantosa escena, sentía que las fuerzas le faltaban; un sudor frío helaba todo su cuerpo, y no podía menos de admirar la sabiduría de esa eterna ley que condena á los grandes criminales á encontrar un castigo, y castigo terrible, en su propia conciencia.

Sin embargo, le importaba no perder de vista á Fernando ni un momento, porque temía que volviese á España sin que él lo supiera y perder así una buena oportunidad de encontrar sin gran trabajo á Mário; y aunque las escenas nocturnas en las ruinas le impresionaban singularmente, se resignó por amor á Marietta á presenciarlas.

Todas las noches salía despues que Fernando del hotel, y le seguía á cierta distancia. Llegaban á las ruinas, y miéntras el español se entregaba á su dolor y á su delirio, el ex-sacristan se ocultaba lo mejor que podia, y casi siempre lloraba en silencio recordando las desventuras de Marietta, y no pocas veces al contemplar el estado horrible en que se hallaba el que las habia causado.

Con frecuencia sentia impulsos de levantarse, de hablar á Fernando y decirle á nombre de Marietta que estaba perdonado con tal que hiciera la felicidad de Mário, pero se contenia temeroso de que fuera á tomar á mal que un extraño se mezclara en sus asuntos.

Por fin una noche no pudo resistir, y saliendo de su escondite se dirigió á Fernando.

Este, al oír pasos cerca de sí, se detuvo y echó mano á un puñal que llevaba en la cintura.

—¿Que me quieres?—gritó con voz de trueno al ver á Ludovico—¿vienes á asesinarme? Necesito vivir para mi hijo, por que tengo un hijo ¿lo entiendes? y venderé cara mi vida.

—Tranquilízese usted, señor Gonzaga,—contestó dulcemente Ludovico—nadie tiene intencion de matarle.

—¿Me conoces, infame?—gritó Fernando cada vez mas exaltado—¿Sabes á lo que vengo aquí? ¿Conoces la historia de mis crímenes?..... ¿vas á denunciarme á la justicia?

—No tema usted, señor don Fernando—contestó Ludovico haciéndose bruscamente á un lado para evitar la puñalada que le tiraba el español.—Le repito que.....

Ludovico no pudo concluir. Fernando no escuchaba razones; dominado por el delirio que le causaban sus remordimientos, y por el miedo, compañero inseparable de los que han cometido algun crimen, se arrojó sobre Ludovico, que rodó junto con él hasta el suelo.

Se empeñó una lucha terrible.

El ex-sacristan de la Misericordia era fuerte y robusto, pero no tenia armas; asíó fuertemente el brazo derecho de Fernando á tiempo que este le levantaba armado del puñal para herirle, y cediendo á ese instinto de conservacion tan poderoso en todos los seres animados, obligó al español á clavarse su propio puñal en el pecho.

Fernando dió un grito agudo; algo como un ronquido se escapó despues de su garganta, y la sangre caliente que brotaba de su herida salpicó el rostro del ex-sacristan de la Misericordia.